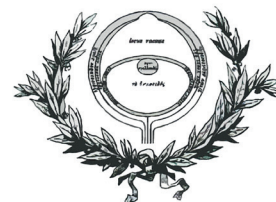




GRUPO HISTORIA Y HUMANIDADES EN OFTALMOLOGÍA



Los «episodios oftalmológicos» de Galdós

Autora: Soledad Aguilar Munoa

Coautores: José María Aguilar Ortiz, Enrique Santos Bueso y Julián García Sánchez

Buenas tardes a todos,

Agradezco mucho al Grupo de Historia y Humanidades de la Sociedad Española de Oftalmología que me permita participar en esta sesión.

Benito Pérez Galdós, gran novelista español del siglo XIX murió en 1920, a la edad de 76 años, prácticamente ciego y poco se conoce de sus episodios oculares.

Desde sus primeras novelas, demuestra un gran interés por la ceguera y concede notoria importancia a personajes que la padecen, como estudiaron hace unos años Juan Jesús Barbón García y sus colaboradores en dos artículos sobre «La ceguera y otras enfermedades oculares en las novelas de Galdós». La novela más emblemática es sin duda Marianela, una de sus primeras obras. Resultan sorprendentes estas alusiones teniendo en cuenta lo que le sucedió años después.

La persona que más se ha interesado por las afecciones oculares de Galdós es el doctor Manuel Herrera Hernández, quien en varios trabajos recoge una antología de las muchísimas referencias que Galdós hizo a la ceguera en su correspondencia y describe la evolución del cuadro oftalmológico que lo aquejó.

Ya a la edad de 41 años, don Benito empieza a manifestarse muy preocupado por su vista y las sucesivas visitas a las ópticas pidiendo gafas «más fuertes» parecen indicar que no se trataba de un mero problema de presbicia.

Rondando los 60 años, algunos médicos amigos suyos y uno que era todavía estudiante pero ya muy destacado, Gregorio Marañón, al que Galdós llamaba «La Facultad», le diagnostican de cataratas. Por esa época, sufre también una hemiplejía transitoria.

Hacia 1905, el profesor Alejandro San Martín Satrústegui, catedrático de cirugía de San Carlos y a la sazón médico de la familia Galdós, aconseja que lo vea el doctor Manuel Márquez Rodríguez, catedrático de oftalmología, quien confirma la existencia de cataratas y diagnostica además una iritis que obligará a demorar la intervención.

El 24 de agosto de 1907, don Benito escribe a su hija María de 16 años y le corrige con humor su ortografía: «No se escribe ‘hojo’, que es un gran disparate. Se escribe ‘ojo’. Esa ‘h’ es una catarata que le has puesto al ojo, y para cataratas bastante tengo con las mías.»



GRUPO
HISTORIA Y HUMANIDADES
EN OFTALMOLOGÍA



A finales de ese mismo año, Galdós toma a Pablo Nougués, a quien llamaba amistosamente «don Pablífero», como secretario privado y amanuense. Este relata que Galdós tenía las pupilas pequeñas, no veía bien, tropezaba con frecuencia y que al escribir no guardaba una línea recta ni mantenía una altura uniforme entre las letras de una palabra.

A partir de entonces, aquejado de múltiples dolencias, además de las visuales, Benito Pérez Galdós se manifiesta muy abatido por su estado de salud. No sale apenas de su casa o del hotel que acaba de construirse en la calle Hilarión Eslava, rechaza los homenajes en su honor y se apena de su mala visión: «Tengo mi vista en un estado tal, que de esto a la ceguera hay muy poca distancia».

Por fin, el 25 de mayo de 1911, Márquez lleva a cabo la operación de cataratas en la biblioteca del escritor mediante extracción extracapsular del cristalino con abordaje escleral, técnica predominante en la época. Desgraciadamente, el cristalino se luxa al vítreo y es probable que causara una uveítis inflamatoria e incluso un glaucoma facoanafiláctico, aunque no parece que el postoperatorio fuera doloroso. Ortiz Armengol relata que al comenzar la incisión, el cirujano se percató de que «el globo del ojo era muy grande, extraordinariamente grande, así como el cristalino, lo que no hizo posible la extracción completa sino por partes. La operación se complicó porque la catarata, de enorme tamaño, quedó en posición que impedía su total extirpación».

Aquí muestro el parte del doctor Márquez, que dice: «El señor don Benito Pérez Galdós ha sido operado de catarata. Hasta ahora se encuentra perfectamente. No debe recibir ni hablar con nadie para su completa tranquilidad, pues esta debe ser absoluta.»

Tres días más tarde, Márquez constata la presencia de una reacción inflamatoria, que trata con inyecciones intravenosas de cianuro de mercurio, usado en aquella época no sólo como antisifilítico sino también como potente antiinflamatorio. Se decía por entonces que se estaba un día con Venus y toda la vida con Mercurio.

La inflamación va disminuyendo lentamente, como se informa en los partes posteriores, pero Galdós queda ciego del ojo izquierdo.

Ahora los días y las noches parecen inseparables, y Galdós describe su existencia como «una sombra que llenaba una caverna profunda». Se ve obligado a dictar a Pablo Nougués y escribe: «Las golondrinas tienen ya la segunda puesta de crías. Yo no las veo, pero me divierto por las tardes oyendo la algazara y bullicio que arman dándole de comer a los polluelos».

El Dr. Márquez desaconseja realizar una segunda intervención hasta que no haya desaparecido toda la inflamación y recomienda al escritor operarse del segundo ojo antes de pensar en reintervenir el primero.

Así, la operación del ojo derecho se lleva a cabo el 30 de mayo de 1912 en la casa de Hilarión Eslava. El cirujano principal es, de nuevo, Manuel Márquez, que esta vez cuenta con la ayuda de su esposa, la doctora y oftalmóloga Trinidad Arroyo, personaje interesante y poco conocido sobre el que merecería la pena tratar en futuras reuniones.



GRUPO HISTORIA Y HUMANIDADES EN OFTALMOLOGÍA



En esta ocasión, don Benito lleva con menos paciencia el postoperatorio, se quita la venda y exclama a su secretario: «¡Victoriano, que te veo y me veo en el espejo!». Victoriano Moreno logra colocársela de nuevo, pero no le ahorra al maestro la amable reprensión de la doctora Arroyo.

Pronto resulta evidente que el pronóstico ocular no es satisfactorio, no solo para Márquez, sino también para otros médicos a los que Galdós acude y que ven irremediable la evolución hacia la ceguera total. De esta época data el episodio nacional Cánovas, en el cual don Benito describe la «queratitis parenquimatosa», de probable etiología sifilítica, que padece el historiador Tito Liviano como solo puede hacerlo quien conoce esa afección en primera persona, pero no hay pruebas de que Galdós la padeciera.

Pocos meses después de haberse operado del ojo derecho don Benito observa con amargura que también la visión de ese ojo empieza a disminuir. Desanimado, acude con frecuencia a la consulta de los doctores Márquez y Arroyo, que en la funduscopia observan una papila derecha de color ceniciento y afirman que es un «síntoma manifiesto de reblandecimiento».

Este reblandecimiento, que era el nombre dado en la época a la tabes dorsal, así como la iritis persistente, apuntan claramente a una etiología luética del cuadro oftalmológico, hipótesis avalada por la agitada vida sexual de Galdós. Su criado-secretario y lazarillo Victoriano Moreno declarará años después al periodista Francisco Lucientes: «...Don Benito vivió a rastro de los prestamistas... no vivía más que para la obsesión sensual, que le quemaba. ¡No he conocido hombre más faldero! Aquí un hijo, allí otro. Si no trajo al mundo diez o doce hijos naturales, no trajo ninguno.» Cualquiera diría que le movía un interés demográfico.

Al final de 1913 Galdós está totalmente ciego y ya siempre se le ve acompañado de su lazarillo, que en ocasiones es «don Pablífero» y, con más frecuencia, Victoriano Moreno o Paco Menéndez. A partir de entonces, Nougués es quien traslada al papel todas sus obras.

En el verano de 1915, don Benito le confiesa a su amigo santanderino Barrio y Bravo: «No puedo, no puedo hacer apenas nada con estos dichosos ojos, que son mis tiranos. Lo que yo quisiera hacer he de aplazarlo forzosamente, no sé hasta cuándo. Ahora tengo que contentarme con dictar cosas cortas».

Un año antes de su fallecimiento, el escritor acepta que se le erija una estatua en su honor, realizada por el escultor palentino Victorio Macho, y cuando al fin palpa el rostro en piedra, exclama: «Magnífico, amigo Macho. ¡Y cómo se parece a mí!» La estatua se inaugura oficialmente el 19 de enero de 1919 ante una multitud de admiradores. Don Benito muere el 5 de enero de 1920.

Así pues, la hipótesis de un origen luético de algunos de los trastornos oculares parece bastante probable. Esperamos, no obstante, que surjan nuevas pruebas documentales y puedan aclararse de modo concluyente las causas de esas dolencias que tan profundamente afectaron a Galdós e influyeron en su obra.